

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE
OCTUBRE DE 1868, EN HARDMAN
HALL, NUEVA YORK

10 de octubre de 1890

Cubanos:

Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando sea la hecatombe, nuestros héroes: yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie, y decir: "¡presente!"

¿Ni qué falta por decir, ni qué soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar a los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan: porque el hombre acude a la fortuna, como el mendigo ad sol, y esquiva el sacrificio oscuro y la sombra del silencio; aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ése es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, aro una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo a brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombro de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene, en angustia heroica, a oír con cariño, a alentar con su presencia, a coronar con su aplauso a los que, con el ejemplo de ayer y con la palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es fácil volver, al hijo a quien un decreto superior a la vida manda seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y qué es lo que dicen estos hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba a sentar, y se sentó al pie de nuestra bandera? A nuestra patria, de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: "¡Patria, más querida mientras más infeliz, y más bella, mil veces, a nuestros ojos, mientras más débil y abandonada, tu semilla dio fruto; las frentes que besaste te son fieles; la

sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos a tu espada empuñadura de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan a tender las manos!"

Porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos a dejar caer la espada. Época de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, e indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entra en revolución no sale de ella hasta que se extingue o la corona. No han entendido que la política científica no está en aplicar a un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras; sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución era una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando o amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar tanto a los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones, como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crecer e influir en junto. No han entendido que en la guerra, a pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente, los intereses y hábitos criados en su ejercicio, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva, -como que existen, tan graves como antes, las causas de la anterior, -había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, si no es fundar? No es ir de lira o de bonete por el mundo, trovando y arguyendo, con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde o un barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber continuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, a despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantenemos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman a su patria y quieren ahorrarse males, tener preparado el país para la guerra. Por supuesto que es lícito, y tan patriótico como lo

que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve a la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito, y más práctico, continuar, con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis; ni está para ciencias el sentimiento estremecido; ni el ánimo llevado a las alturas por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que hemos visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda a cuyos brazos no volvió nunca el compañero, permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución que en la academia política fuera menester: aunque a todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política,-porque el sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discreteos y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere este público, cuando le vino un estado mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases y muchos cordeles, y muchos cálculos y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: "¡Al diablo las maniobras: arriba y a ellos!" Pero la política es un arte muy delicado y complejo; y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores: es nuestro pueblo nuestro corazón, que no hemos de querer que nos lo engañen ni nos lo destrocen: es nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un empeño fanático, en foro de leguleyos ineptos o en hato de generales celosos, o en montón de cenizas.

Si se nos salta el corazón ¡cómo no se nos ha de saltar! cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes, en el silencio de los montes, lleno de consuelos, a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando, que montó a caballo cuando el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto poseía. Si se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento, cuando oímos de algunos labios asombrados, porque de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner en lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, o sin sentir como que la mar se hace puente, `y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llamo. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos,-¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!-cuando vemos vivo o veneramos muerto, a uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural-¡donde hay valor hay academias!-ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y

consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad: ¡diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican y el corazón de los pueblos es de los que osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos, cuando, rendidos con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al son del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al zar y Schamyl callaba. Cosacos y kurdos y turcomanos pasaron, vitoreando, de amarillo y de azul, o de espadón al aire y banderola, y Schamyl callaba. Y de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, tendiéndoles desde el alma los dos brazos: "¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!" Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando a mal esta honrada admiración nuestra, yerra a sabiendas el que diga, como por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone delante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen a muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonorra cuando deshonorra a los demás; ni a su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse a ella; ni nos conocen a nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuese una de las que nos hubiese quedado de la guerra; si con- la golosina de la pereza o el hábito del mando hubiese acabado este o aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición o mercancía de patriotismo; si los que despertaron a nuestra libertad virgen, y la escoltaron diez años por los montes, pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra: otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí, y sabemos por qué estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aun cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería a este o aquel pretendiente militar, errante por oficio o despótico por naturaleza, a quien habría que temer; ni a los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles a la patria por ser fieles a un jefe y traidores al bien público por sumisión servil a su capitán; sino a los hombres civiles sin propósito ni carácter, que por su pusilanimidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos sólo respeta al

hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir. No son los admiradores ciegos del prestigio militar los enemigos más terribles de la república; sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan a ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La historia verdadera no enseña que los pretendientes militares,-que por lo general sólo arrojan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente,-sean tanto de temer como los letrados incapaces que en el momento decisivo de la acción, dan tiempo a que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente a la sombra de su autoridad, o le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si las militares, o las civiles!

Pero si por este lado padecemos, y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza a levantarse desde que la piedra se empieza a formar en la montaña, los que vemos al cubano errante, hijo de la revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe que no pueden tener los que vinieron a la guerra con el corazón flojo y maleado por la capitania general,-o en los diez años del heroísmo vivieron lejos de él o con los que lo fusilaban,-o no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre, y ven por sí, y en cabeza de otros, los peligros continuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, a ese ingenio cubano nuestro, a la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no oscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente la injuria y desafía, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo a la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid, y su lengua grosera; que a su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos cómo se ha de poner el pecho a cuanto nos parezca amenazar, de fuera o de adentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores; ni imaginamos, crueles y

desagradecidos, que el único modo de resolver nuestro problema social es encontrarlo: ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volanta y calesero, que no habla con los que van por el mundo a pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas, y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y si les ayuda la justicia pueden volcarnos la volanta. No creemos que el arte de gobernar un pueblo mixto, en que están unidos por la sangre, y aun por el apego a la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aun cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino en pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego a quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. ¡No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos goberarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa para que nos gobierne a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios, vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos! No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con unos treinta locos, que llamaron luego "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo, a quien el discurso de un poeta libró por cierto de morir, es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra; la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratados en moda ahora, que aunque le saliesen a España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitoria, que de un modo u otro ha de venirse abajo, sacrificase la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer, y son carne perpetua de su carne; aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del tratado se habría de crear, una liga odiosa, y a la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodaticio del cubano; aunque con el gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país,- ¡con la fuerza del pan nuevo le volvería a la sangre dormida la memoria, la dignidad latente azotaría el rostro en cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazones reanimados el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos; con este cuidado prevemos; con esas miras preparamos; así adelantamos atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Obra de hombre prometemos. Si el clarín suena de allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos a donde nos llame el clarín. Y si por la timidez continua de los intereses esperanzados,-o por el freno que a la guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles,-o por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad,-o porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés que nos está comiendo ya las carnes;-si por habilidad de nuestro opresor o culpa nuestra, se fueran dividiendo allí los que se debieran unir, y cayéndose a tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar,-aquí de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!